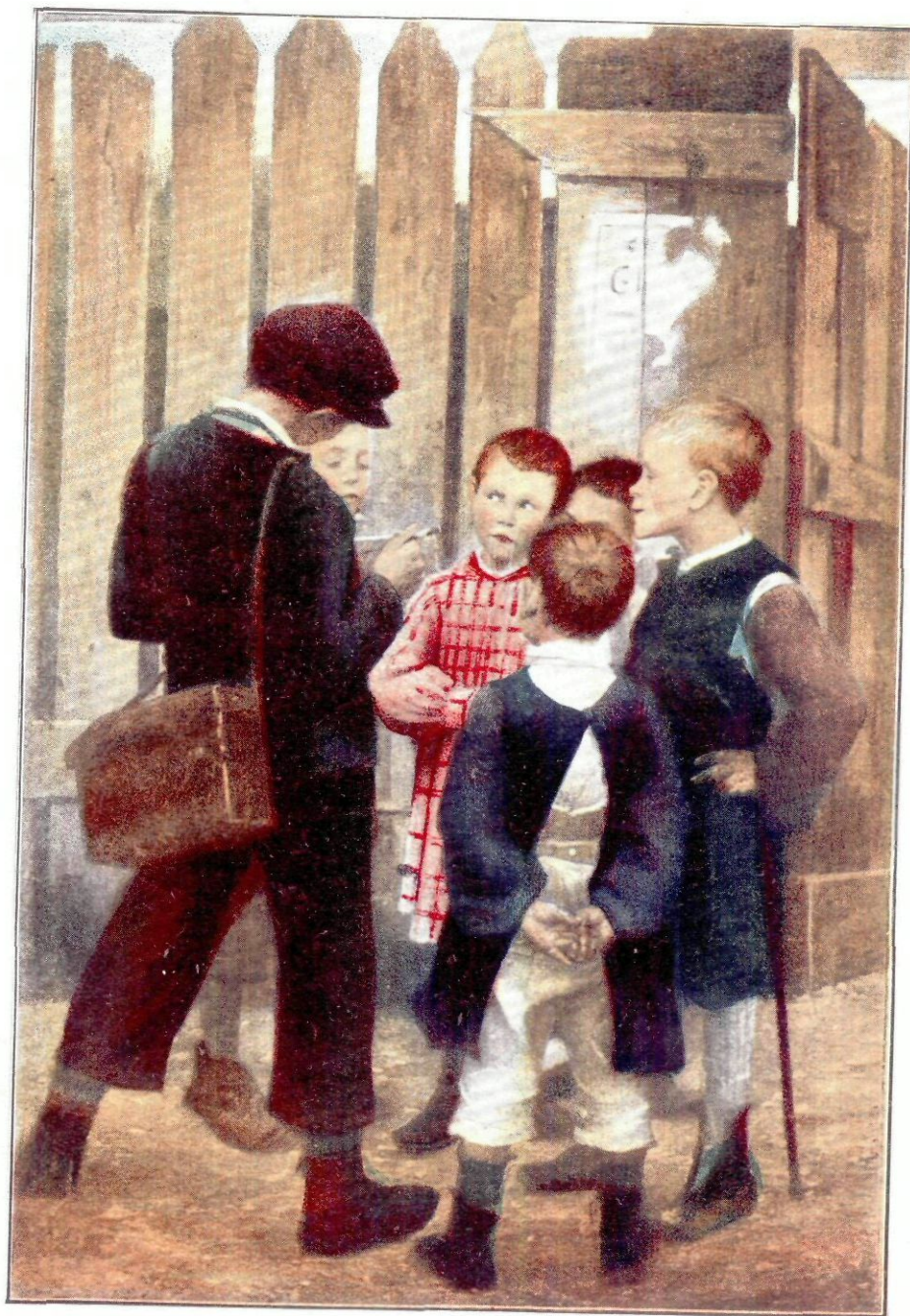




Juventud Ilustrada

Soluciones al número 1

FUGA DE CONSONANTES:

Pajarillo que mil veces
te paras en mi balcón,
dile á madre que Enriqueta
no se supo la lección.

JEROGLÍFICO.—De un tajo partido en dos.

CHARADA.—Margarita.

ADJETIVO EN CRUZ. Amada.

JEROGLÍFICOS COMPROMISOS.—I, Bien traído. II, Gran cómoda.

Jeroglífico



Charada

Un dogo muy *prima-cuatro*
y un godo muy *cuatro-una*,
por desgraciada fortuna,
se hallaban junto á un teatro.

El dogo, que era el decano
más *dos-tres-cinco* del gremio,
le adjudicó al godo el premio
de morderle en una mano,
en pago de un puntapié
que una noche, y por mal arte,
le administró en cierta parte
que me callo, aunque me sé.

Y en un *todo* de cristal
que guarda dentro un faul
un *geómetra* entendido,
vióse la faz del mordido
y el morro del animal
cien veces reproducido.

Acertijo gramatical

E. . . . y por d. . . . de mi choza
suele un buho pasar s. . . . volando;
si es al a., pasa graznando
de tal modo que el timpino destroza.

¿C. . . . le darán muerte, e. . . ., e. . . .!

Súplanse los puntos por los adverbios mas propios.

PEPITO ALVAR

Advertencias

JUVENTUD ILUSTRADA, que consta de veinte páginas, y regala además en cada número cuatro páginas de folletín encuadernable, se publica los sábados, y se vende en todas las librerías, kioscos y puestos de periódicos de España, siendo su precio

20 céntimos número suelto, corriente ó atrasado

y por subscripción, en toda España, *Pesetas 2'50 trimestre (13 números) servido á domicilio.*

Portugal y Gibraltar, 3 pesetas trimestre. En los demás países, 4 francos trimestre, pudiendo hacerse el pago en letra ó cheque á la orden de don Antonio Virgili, S. en C., en valores declarados ó sobre-monedero.

JUVENTUD ILUSTRADA admite colaboración, pero abona sólo los trabajos artísticos ó literarios que expresamente solicita.

Todos los ejemplares de JUVENTUD ILUSTRADA van numerados, y al poseedor del que contenga igual número al del premio mayor del último sorteo de la Lotería Nacional del presente mes de Diciembre se le REGALARÁN

CIENTO VEINTICINCO PESETAS

á la presentación del número agraciado en nuestras oficinas: Rosellón, 203, Barcelona.

Como la numeración de nuestro periódico, una vez llegada al número de billetes de la Lotería Nacional, vuelve á repetirse cuantas veces sea necesario, bien puede asegurarse que, en vista de la favorable acogida que el público nos ha dispensado, durante el mes de Diciembre se repetirá lo menos cuatro veces el total correspondiente al número de billetes del último sorteo de este mes, por lo cual son

QUINIENTAS PESETAS

lo que regalamos mensualmente á nuestros compradores.

JUVENTUD ILUSTRADA adjudica semanalmente en sus concursos de ingenio

50 magníficos y positivos premios á sus lectores.

REVISTA SEMANAL
REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN
É IMPRENTA: ROSELLÓN, 208

ILUSTRADA

MIECIO HORSZOWSKI

Célebre pianista polaco

DESEOSOS de que honren las páginas de JUVENTUD ILUSTRADA cuantos individuos del elemento joven sobresalgan en las letras, las ciencias y las artes, no sólo en España y en las Américas que hablan nuestro idioma, sino en el mundo entero, damos con gusto el retrato y un autógrafo del prodigioso niño Miecio Horszowski, que á los once años de edad ha logrado vencer en el piano las que constituyen verdaderas dificultades para eximios maestros encanecidos en el arte musical.

A una ejecución asombrosa, brillante, reúne el pequeño polaco una exquisitez de expresión maravillosa, como encarnando en conjunción divina el recuerdo de su patria, Polonia, ese pueblo de los tristes recuerdos, de las grandes hecatombes, de las eternas nostalgias, con la viveza y volubilidad de los países meridionales; como si su alma hubiera sabido asimilarse todas las sublimidades de ese arte divino, del que dijo el inmortal López de Ayala

Es la música el acento
que el mundo apenado lanza
cuando á dar forma no alcanza
á su mejor pensamiento.

Verdadero artista, que sabe sentir y sabe

expresar, las obras maestras de Bach, Mendelssohn, Beethoven, Chopin y Paderewski son interpretadas por el precoz polaco con una galanura y una justeza de tensión rítmica admirables.

Poco podemos decir de ese niño extraordinario, ni á los once años es fácil hallar materia para una extensa biografía.

Alumno de la Escuela Nacional de Viena, tales aptitudes demostró desde el comienzo de sus estudios, que el célebre Leschetitzky le tuvo por su alumno predilecto y á encauzar y dirigir su prodigiosa imaginación, su extraordinario instinto musical dedicó todos sus esfuerzos.

Modesto, sencillo, sin ensoberberse por su talento, sonriente siempre, sus dulces ojos ejercen una atracción poderosa sobre

cuantos le hablan, y al recibir plácemes y alabanzas tiñense sus mejillas de súbito carmín, como avergonzándose de elogios que no cree merecer.

Miecio Horszowski es un verdadero prodigio musical y los públicos todos le colman de delirantes y cariñosos aplausos.

A continuación publicamos el facsímile de un autógrafo del admirable Miecio.



Autógrafo del artista polaco Miecio Horszowski

Tempo di Mazurka



Miecio Horszowski.

Barcelona 27 Nov. 1905.

De la colec. de autógrafos del f. t. Esplugas

Noche triste

ESTÁ mejor?... ¿Ha descansado algo?... ¿Se salvará?

--Desgraciadamente no hay esperanza. La lesión ha interesado el cerebro, y esto durará poco; unas horas lo más,—contestó el médico á quien había dirigido la anterior pregunta Paula, la dueña de la posada.

La que yacía en una miserable cama, con la cabeza entrapada, era Nora, una niña de entendimiento precoz, de corazón buenísimo, pero de una fealdad que rayaba en lo monstruoso.

Raquítica, de cuerpo contrahecho, con largos brazos y cabeza grande y angulosa, mostraba un rostro diminuto y de tortuosas líneas, que aparecía aún más feo y pequeño encuadrado por la enorme masa de crespos cabellos de un rojo panocha que crecían desordenadamente.

Y con todo, irradiaba de sus hermosos y expresivos ojos una dulzura sin límites, una atracción infinita; algo que conmovía intensamente.

Recogida desde muy niña en la mezquina posada de aquel villorrio manchego, á cuyas

puertas apareció una mañana sin que se supiera quién la llevó allí, sin la caritativa anciana posadera, madre de Paula, que se empeñó en conservarla á su lado, la pobre niña hubiese perecido de hambre y de frío.

Algunos años más tarde, muerta ya la pobre mujer, Paula y Roque, su marido, no se atrevieron á echarla á la calle, no tanto por lo que les servía como por la recomendación que en su última hora les hiciera aquella de quien heredarán.

Pero maltratada de continuo, echándole en cara el pedazo de pan que no siempre le daban, oíase á menudo:

--¡Maldito adefesio! ¿Quién demonios te tracia aquí hace diez años?... ¡Vaya una renta que nos ha dejado la vieja con sus pujos caritativos!... ¡Lástima de pulmonía que se pierde!

Y á sus insultos y á los golpes con que los acompañaban, la pobre Nora oponía sólo sus lágrimas y sus sollozos, sin que se le ocurriese jamás huir de aquel cruento martirio.

La infeliz no comprendía la vida sin aquella esclavitud. Al fin y al cabo á ellos lo debía todo.

Le parecía que no había más horizonte que el que limitaba allá á lo lejos la sierra á cuyo pie llevaba á pacer la escuálida *bucha*, ni se le alcanzaba la vida sin las caricias de *Leal*, un perro de raza indefinible, sin dueño conocido y que no abandonaba el ancho portalón de la posada, partiendo con Nora las menzudas sobras de la comida.

Y el perro la defendía de los chicos que la apedrecaban y se mofaban de ella prodigándole insultos.

Aquella tarde Nora tuvo un pequeño descuido, y la brutalidad de Roque se desbordó, golpeando cruelmente á la pobre niña y arrojándola contra los picudos cantos que empedraban el patio, cuando se interpuso entre ellos un caballero que acababa de apearse á la puerta de la posada.

—¿Qué es eso?—¿Quiere usted matar á esa pobre criatura?

—¡Es que usted no conoce á esta sabandija! Ella no contesta nunca, pero hace su santísima voluntad. ¡Es una perra! Créame usted. ¡Una maldita perra!

El forastero, en tanto, restañaba la sangre que abundantemente manaba de una profunda herida que Nora se había hecho en la cabeza al dar contra las piedras, y á consecuencia de la cual se desmayó. De pronto, el desconocido lanzó un grito al reparar en una extraña señal que Nora tenía en la garganta, la examinó rápidamente, y, cogiéndola en brazos, exclamó:

—¡Pronto! Una cama donde colocar á esta

criatura. ¡Pronto!... Y si no vuelve en sí, si se muere á consecuencia de la crueldad con que usted le ha tratado, entonces...

—Y á usted quién le mete...—balbució Roque.

—¿Qué quién me...? ¡Ruegue usted á Dios por que se salve!

Roque, dominado por el acento y la mirada del forastero, guióle hasta la cama en que he-



mos visto á Nora, á quien el médico del pueblo acababa de operar.

La mortecina luz del alba alumbra débilmente la estancia.

El forastero y el médico asisten á la pobre niña. Roque y su mujer, llenos de terror y de remordimientos, ocupan uno de los ángulos.

—Nicanora, niña, ¡por Dios!... ¡Que es tu madre quien en su última hora me manda por ti! Eres rica... poderosa... ¡Anímate! ¿Me comprendes? ¿Me oyes?—cespita el desconocido.

—Sí, —exclamó la niña débilmente.— Comprendo... todo... ¡todo!

—¡Vive, niña mía, vive! Para ti, la felicidad; para tus verdugos...

—¡No!... ¡Verdugos, no!... ¡Debí morir cuando me abandonó mi madre!... ¡Ellos me ampararon! ¡Ellos tuvieron caridad!... Roque... Paula... ¡Señor!... ¡Yo perdono... á mi madre!...

Un grito de angustia se escapó de los labios del emisario de la madre de aquella desgraciada criatura.

—¡Nora!...

—Que esas riquezas se repartan en obras de caridad... Para los expósitos... ¡Para los monstruos... como me llamaban á mí!...

El pobre *Leal*, que no había abandonado la estancia, como si comprendiera el amargo reproche de la pobre niña, puesto de manos en la orilla del mezquino camastro, le lamía el rostro dando débiles aullidos.

—¡Sí, sí!—dijo Nora débilmente.—¡Bésame, *Leal*, bésame!... ¡Tú eres el único sér á quien no he causado horror... el único que ha velado

por mí!... ¡El único... sí... el único... que me ha mostrado carifol!... ¡Bésame!... ¡bé... same!...



Y murió, fijos sus dulces ojos en el cielo.

A. D'OLLARPA

El cardenal de Richelieu

NACIÓ este celebrado ministro y favorito de Luis XIII de Francia el 5 de Septiembre de 1585, y bien puede decirse que en el gobierno de este hombre extraordinario se cifra todo el reinado del débil Luis.

Ambicioso, osado y valiente como pocos, á su regreso de Roma, donde le consagró Paulo V, halló medio de hacerse agradable á la reina madre, y fué nombrado secretario de Estado cuando apenas contaba veinticinco años; siendo notable que, con todo y sus miras ambiciosas, durante los primeros años de su episcopado demostró un celo sin límites en la conversión de los protestantes y el mejoramiento de su diócesis.

Electo diputado en los Estados generales de 1614, dió rienda suelta á sus ambiciosas miras, siendo nombrado ministro de la Guerra y de Relaciones exteriores, expresándose en su nombramiento que tendría la presidencia de los demás ministros.

En este estado supo Richelieu inspirar tal confianza y tal terror al propio tiempo al monarca, que éste nada hacía ni pensaba sin dar cuenta minuciosa á su primer ministro.

Varias intrigas se sucedieron en palacio para derribar á *La eminencia roja*, como se llamaba al cardenal, pero ni aun la propia enemiga de la reina madre con quien se malquistó gravemente y la de la reina Ana de Austria, esposa de Luis XIII, bastaron para enajenarle la real confianza. Muchas crueldades cometió Richelieu, muchos abusos del poder, pero á él debe Francia, por su política, el principio de su engrandecimiento.

Cien veces atentaron contra su vida, y deci-

dieron asesinarle en la propia cámara del monarca, lo cual atenúa, sino justifica, su inaudita crueldad.

Y con todo, en medio de tanta amenaza, Richelieu reedificaba y ampliaba la Sorbona, célebre universidad fundada en París en 1230 por Sorbon; ensanchaba la imprenta real, mandaba construir un magnífico palacio para su vivienda y el palacio real, establecía el jardín de Plantas y formaba la célebre Academia francesa de que se gloria la Francia con tan justo título.

Es imposible dar á conocer en pocas líneas á este hombre extraordinario y célebre por más de un título, y á quien tantos elogios y tantas censuras se han prodigado.

Con todo, no puede negarse á este prodigio de la fortuna un gran talento y vastísimas ideas de gobierno, pues no desperdició ocasión alguna de engrandecer á su patria tanto en el interior como en el exterior.

Y esta vida tan agitada y trabajosa quebrantó de tal modo su salud, que desde Lyon se hizo

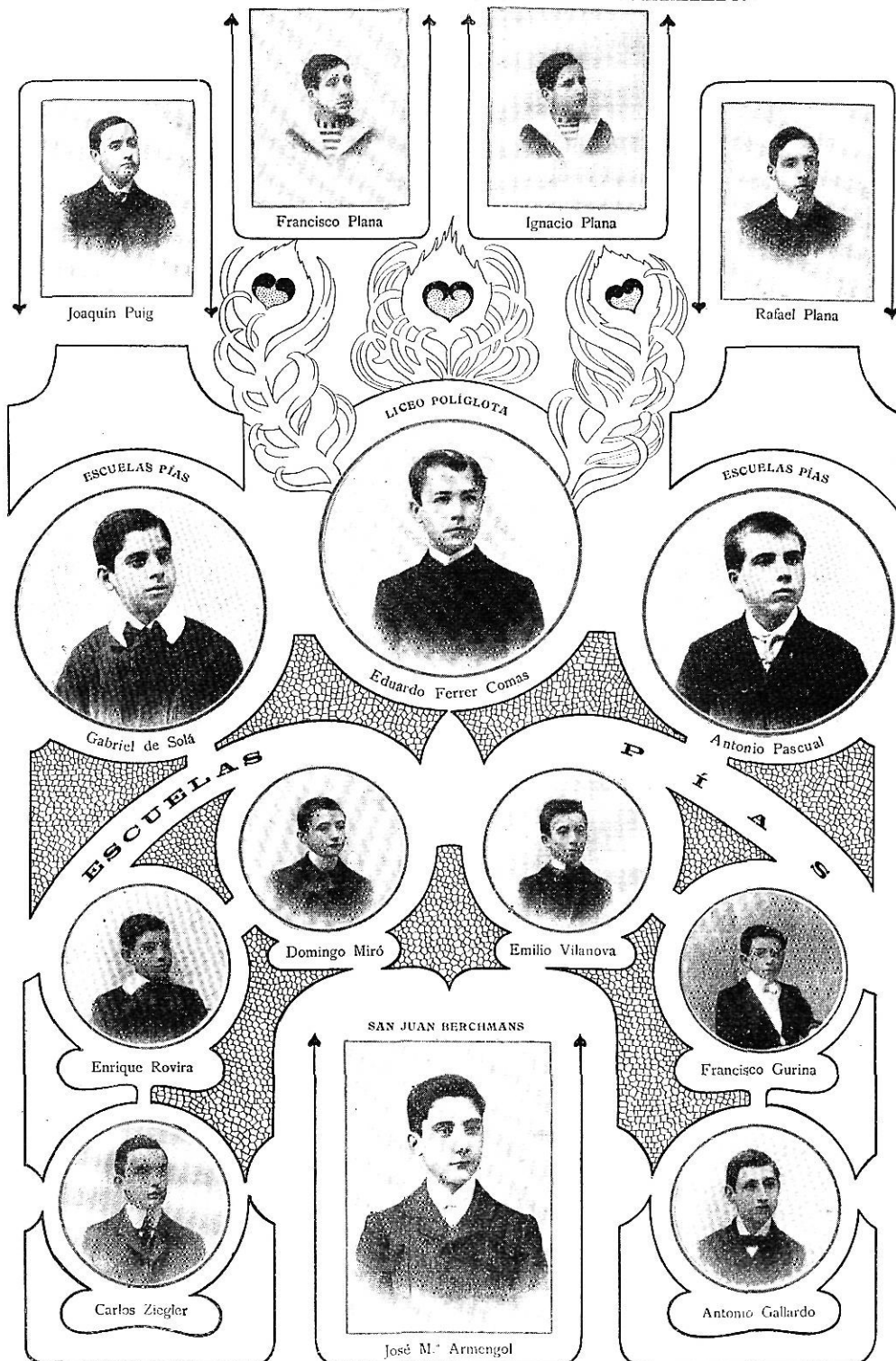
conducir á París en hombros de sus guardias, derribándose grandes trozos de murallas para que pudiese entrar con comodidad en las ciudades fortificadas. Mas de nada sirvieron tantas precauciones, pues dejó de existir á poco de llegar á la capital, el 4 de Diciembre de 1642, á los 53 años de edad, legando al rey una suma equivalente á cinco millones de francos, ahorrados durante la época de su favor.

Armando Juan Duplessis, cardenal de Richelieu, es, sin disputa, una de las más grandes figuras del siglo XVII.

A. P. GUILLOT



COLEGIO SAN JUAN BERCHMANS



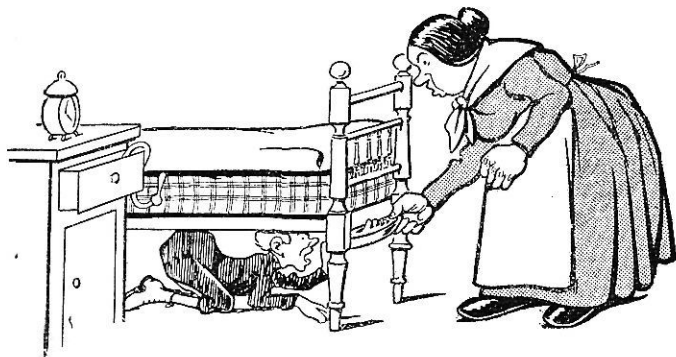
Padres terribles

EL papá de Avelino es agrio por naturaleza é intransigente por convicción. Cree que para educar bien á los hijos no se les debe mirar frente á frente, ni acariciarlos, ni permitirles la más ligera expansión.

Avelino no posee grandes dotes intelectuales, y, aparte de esto, vive en perpetuo susto porque su papá le dice constantemente:

—¡Te voy á meter á zapatero!... ¡Eres un holgazán, que no estudias!... ¡Te voy á romper el espinazo! ¡Te voy á comer los hígados!

¡Claro! el chico no tiene un sólo momento de tranquilidad, y en cuando oye entrar al padre en el domicilio, corre á esconderse detrás de la cómoda ó se mete debajo de la cama y



tiene que ir la mamá á decirle cariñosamente:

—Vamos, Avelinito, sal de ahí y no te asustes, que papá no va á hacerte nada.

Algunas veces, la buenísima de la señora se ve obligada á enseñarle un plato con comida para excitarle el apetito, y sólo así consigue que el muchacho asome la cabeza. Días pasados Avelino regresó del colegio con la cara hecha un tomate de puro encendida, y los ojos como dos huevos cocidos de tanto llorar.

—¿Qué? ¿No te has sabido la lección?—preguntó su madre.

—No, señora,—dijo el muchacho vertiendo lagrimones como puños.—Me han puesto un problema muy difícil, y dice el profesor que si no se lo llevo resuelto mañana, me expulsa.

—¡Jesús, Jesús, qué contrariedad!—exclamó ella.—Anda, hijo, reconcentra bien la imaginación: discurre, medita... Si tu papá se entera, vamos á tener un gran disgusto.

A Avelinito todo se le volvía morderse el dedo gordo de la mano derecha y restregarse las rodillas contra los cajones de la cómoda. Tenía delante el espantoso problema y no acudía á su mente la solución.

En esto llegó de la calle el papá, peor humorado que de costumbre, y al ver al chico lloroso y compungido, lanzóle una mirada iracunda.

—¿Qué es eso? ¿Por qué tienes la nariz encendida?—le preguntó echando chispas.

—Mira, Rufino, no te irrites,—interrumpió la esposa.—El pobre está muy disgustado porque no puede descifrar un problema.

—¿Cómo?—gritó el papá descargando un puñetazo sobre la mesa.

—Es muy difícil,—gimió Avelino.

—¿Y tiene usted la desvergüenza de confesarlo?

Avelino, lleno de pavor, huye de la presencia del indignado padre y corre á esconderse detrás del sofá.

—¡Venga usted aquí, ignorante, facineroso!...

—¡Por Dios, Rufino, no le insultes!—atrevióse á decir la pobre señora.

—¡Váyase usted á la cocina!—replicó el padre.—Usted tiene gran culpa de todo lo que está pasando, porque usted no es una madre: usted es un fardo de alpargatas.

Y al decir esto con voz de tromba, don Rufino arrebató de manos del chico el malhadado problema y leyó lo siguiente:

«Tres amigos juegan á la lotería y obtienen un premio de 4.000 pesetas. Para celebrar su buena suerte, entran en una fonda y piden 3 cubiertos de á 12 reales cada uno; á los postres reparten la cantidad, deducido el precio de los cubiertos. ¿A cuánto toca cada uno?»

—¿Y no sabe usted descifrar este sencillísimo problema, so torpe?—gritó el padre, metiéndole á Avelino el papel por los ojos.

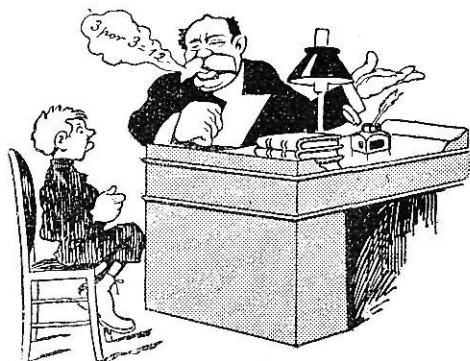
—¿De dónde has salido tú, pedazo de alcornoque? ¿Eres tú, hijo mío? ¡Quí! Yo no he dado el sér á este congrio. Sí, señor, congrio, no retiró la palabra.

—¡Por Dios, Rufino!...—baldunció la madre.

—Venga usted acá, moscón; siéntese usted en esta silla y cáigasele á usted la cara de vergüenza. Demé usted un lápiz y va usted á ver con qué facilidad resuelvo yo el que usted llama difícilísimo problema. Los tres amigos han gastado en comer 3 ptas cada uno. ¿No es eso?

—Sí, señor,—suspiró Avelino.

—Pues bien: tres por tres son doce. Deduzco doce de las cuatro mil de la lotería y quedan nueve, que, repartidas entre tres, vienen á resultar siete y media. Te convences ahora, pe-



dazo de atún, de que tienes menos entendimiento que una mesa de noche?

Y el papá se dejó caer satisfecho sobre una butaca, después de haber demostrado que sabía menos aritmética que Avelinito.

¡Hay cada padre por ahí!... LUIS TABOADA

Los rayos X

AY, papá! ¡Qué lástima que no podamos saber lo que tío Enrique manda a la abuelita en esa caja cerrada!

—¡Niño! ¡niño!... ¿Desde cuándo has aprendido a ser curioso hasta ese punto? Considera que si mi hermano Enrique hubiese querido que supiéramos lo que la caja contenía, nos lo hubiera dicho, y me molesta tu intempestiva curiosidad.

—El ansia por saber...

—Lo que no te importa precisamente... El afán por saber, es laudable cuando se quiere ser algo en el mundo, y entonces se llama *investigación*; el ansia de averiguar lo que nada nos importa ni nada puede enseñarnos, se llama *curiosidad* nociva.

—¡Perdóname, papá! Conozco que he obrado mal, pero no lo haré más.

Pausa en que un mutuo beso viene a sellar las paces entre los beligerantes.

—¿Y si yo te dijera que sin abrir esa caja podríamos, antes de cinco minutos, ver lo que contiene como a través de un cristal?

—Diría...

—¿Que no es posible, eh? Lo estoy leyendo en tus ojos.

—Pues bien: sí, papá. Creo que sólo Dios puede ver a través de las paredes.

—Pues Dios ha inspirado a un sabio el medio de ver a través de los cuerpos opacos. A través de la madera, del hierro, de los metales todos; sólo son refractarios a ese fenómeno el cristal, la porcelana y las piedras falsas.

—¡Qué rareza! Cuando precisamente el cristal es de suyo transparente.

—Fenómenos, hijo mío; enigmas que dejarán de serlo algún día.

—¿Quieres explicarme cómo se verifica el fenómeno de la visión a través de una plancha de hierro ó de una tabla?

—Sí, hijo mío. Y es tan sencillo y tan poco costoso el aparato, tan fácil de manejar, que basta para ello tomar un carrete Ruhmkoff...

—¿Y qué es eso, papá?

—Pues se compone de dos carretes arrollados uno sobre otro, los cuales llevan en el interior algunas vueltas de alambre grueso aislado, cuyos cabos ó extremos se unen a los polos de una batería de pilas eléctricas, cuya corriente se interrumpe a intervalos y automáticamente. El exterior de los carretes está formado por muchas vueltas de alambre más fino y aislado también.

—¿Cómo aislado, papá?

—Aislado! Recubierto en toda su longitud por una capa de caucho ó otra materia aisladora.

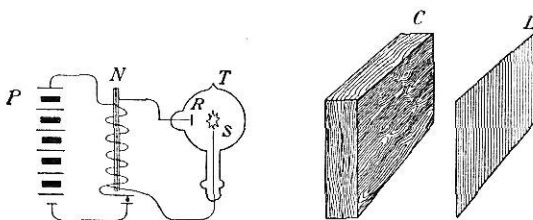
—¿Como el de los timbres?

—Precisamente; pero mucho más fino. Los cabos de ese alambre, de los cuales se llama *anodo* el del polo positivo, y *catodo* el negativo, se dejan dispuestos para enlazar entre ellos el tubo llamado de Crookes, que en este caso es una bombilla de cristal, dentro de la cual se ha hecho el vacío. Dispuesto así, a cada descarga eléctrica se produce en la atmósfera una ráfaga luminosa que parte de los dos polos. Mira; fíjate en lo que voy a dibujar y lo comprenderás me-

jor, hijo mío. Estas rayitas que señalo con una P, pueden ser cinco ó seis pilas de bicromato de potasa u otras, cuya corriente va a parar al carrete de alambre grueso N de la bobina Ruhmkoff en el cual está el interruptor automático que determina las interrupciones de la corriente primaria, ¿comprendes?

—¡Sigue, sigue, papá!

—Las variaciones de esta corriente producen otra corriente por inducción en el alambre fino del carrete, cuyos extremos R y S van unidos al tubo de Crookes T. Estos dos electrodos R y S son dos placas de aluminio de unos dos centímetros de diámetro, colocadas de modo



que los centros de ella coincidan, y en su línea horizontal van a propagarse los rayos X.

Ahora bien: como los rayos así producidos tienen la propiedad de hacer fluorescentes... ¡es decir! fosforescentes ciertos cuerpos, como el platino cianuro de bario, el tungstato de cal, el sulfuro de calcio y particularmente las placas fotográficas, si se impregna de cualquiera de esos cuerpos una pantalla L, y entre esa pantalla y los rayos del tubo de Crookes colocamos la caja C que ha mandado tu tío, su contenido se reflejará en la pantalla L con todos sus detalles, sin que para ello fueran obstáculo las tablas que lo ocultan ahora a nuestra vista.

—Entonces, papá, ¿por ese procedimiento podrá verse el interior del cuerpo humano?

—¿Qué duda tiene? Y la cirugía ha dado un gran paso gracias a los estudios del célebre doctor Röntgen, pues con ellos se puede operar a un enfermo teniendo a la vista una prueba fotográfica de la causa y sitio de su dolencia.

—¡Esto es maravilloso!

—Y no creas que de ese descubrimiento no se han derivado diversas y prácticas aplicaciones, pues en algunas aduanas del extranjero se sirven de un aparato que descansa en el mismo principio y que Edison llama *fluoroscopio*, con el cual se examinan los paquetes de pequeño volumen para evitar el contrabando sin necesidad de perder tiempo en abrirlos.

—¡Qué hermoso es eso, papá!

—Sí, hijo mío, muy hermoso; y cada una de esas maravillas de la ciencia, basta por sí sola para demostrarnos cuánto vale la aplicación y la perseverancia; hermosas chispas que hacen brotar la poderosa llama del genio que se perfecciona y se hace útil por el estudio. Y ahora, hijo mío, descansenos. El campo de los conocimientos humanos es vastísimo, y las excursiones por él deben ser limitadas para que resulten provechosas.

A. PALLAVICINI



JOYAS ARTÍSTICAS

Caridad

Chocar de Moreau

Maravillas aritméticas

EN el número anterior hemos visto la manera de encontrar rápidamente la ganancia diaria que produce un capital al interés del 4 por ciento. Vamos ahora a demostrar cómo se opera por este medio, cuando el interés es distinto, tomando por base el 4 por 100.

Supongamos que el capital es una cantidad entera; por ejemplo 800 pesetas, y procederemos a su adición, en la forma explicada en el primer número de JUVENTUD, ó sea: agregándole los dos ceros consabidos 800,00 y se procede a la adición, la que nos dará como resultado 888,88 que es el interés de un día al 4 por 100.

Recuérdese que se han de separar seis cifras, empezando por la derecha; pero como la cantidad hallada sólo tiene cinco, se le agrega un cero a la izquierda, y esas seis cifras forman los decimales.

Tendremos, pues, que las 800 pesetas producen al día 8 céntimos y algunas milésimas.

Para operar a un tanto por ciento distinto, se dirá:

Si el interés diario de 800 ptas. al 4 por 100 es 888,88, la mitad de este producto, ó sean: 444,44 será el 2 por 100 de esa suma, y 222,22 el 1 por 100, y 111,11 el medio por ciento 55,55 el $\frac{1}{2}$ por ciento, y 27,77 el $\frac{1}{4}$ etc.

Luego, para operar al 6 por 100, no tenemos más que buscar el interés al 4 por 100; agregarle la mitad del producto hallado, y tenemos el tipo que buscamos.

Por ejemplo: Interés de un día al 4 por 100 de un capital de 800 pesetas, 88888
Mitad de ese producto 44444
Suma de los dos 1,33332 que es el

interés al 6 por 100, ó sean 13 céntimos y una fracción aprovechable cuando se opera para más de un día.

Por este sencillo medio se puede hallar rápidamente el interés de un capital á un tipo cualquiera.

Luego, y suponiendo que hemos de buscar el interés producido por esas 800 pesetas en noventa y ocho días, diremos:

Si 800 pesetas á un interés anual del 6 por ciento, me producen al día 0'133332, multiplicaré esa cantidad por 98 días,

1066656
1199988

separaré las 6 cifras de la derecha, y me habrán producido 13,066536 ó sean 13 pesetas y 6 céntimos y una fracción despreciable en este caso.

Lo mismo se procede para operar al 3, al 5, al 7, al 2, al 1, al $\frac{1}{2}$ y al $\frac{1}{4}$ de interés.

de inspiración y de asunto sin cuidarse de su primer pensamiento; en una palabra, poseía aquella facilidad creadora que constituye originales á los caracteres, no á los escritos.

Fóscolo era muy distinto, era un genio áspero y fiero, un escritor de humor violento y forzadas frases. Perseguido por románticas aventuras y por la sombría inquietud de sus ideas republicanas, dejaba ver en todos sus escritos la imagen de una dama más bella, más adorada y desdichada que su Teresa; ésta era la Italia, su verdadero amor, de quien la otra sólo era el símbolo; la misma Italia que en las tristes preocupaciones del destierro creyó en nuestros días reconocer el ingenioso Rossetti personificada en la Laura del Petrarca y la Beatriz del Dante.

¿Qué vendrá á ser Silvio entre estos dos hombres? ¿Cuál de los dos tendrá más atractivo para él? A la par que Fóscolo ama y compadece á su patria, pero sus estudios franceses parecen seducirle hacia el bello lenguaje de Monti. Los dos poetas le acogieron con iguales muestras de amistad. Monti fué el primero que le ofreció su casa y sus consejos.

¿Cómo pintar el regocijo que experimentó nuestro piamontés? Iba á contemplar á un gran poeta, iba á sorprender á la musa épica de Monti en el mismo santuario donde la inspiración bajaba á visitarla; repetía entusiasmado los versos que dirige el Dante á Virgilio al principiar su misterioso viaje, pues él también iba á emprender su peregrinación poética en el mundo, y otro Virgilio guiaba sus pasos.

Llegó, pues, Silvio á la puerta de Monti, lleno su corazón de una emoción suave.

Recibió Monti á su discípulo con mucha bondad, y para iniciarle desde luego en los secretos del arte, puso en sus manos un gran cuaderno que los italianos llaman *Zibaldone*. Era un inmenso repertorio de despojos literarios, verdadero Babel de la poesía, donde se confundían las lenguas de todos los tiempos; vasto diccionario del pensamiento poético, en el que cada idea se clasificaba por su rango y su página con su traducción por todos los estilos y metáfora para todos los gustos.

Monti tomaba continuamente de aquel cuaderno no sólo la inspiración original que puede producir el contemplar modelos, sino también aquella perfección de detalles que se alcanza por medio de la laboriosa fusión de palabras ó imágenes.

Quedó Silvio confundido al ver aquella compilación, admiró mucho el *Zibaldone*, pero éste hizo desaparecer toda su ilusión; imaginóse á Monti descendido del alto rango donde su entusiasmo le elevó la víspera. Miróle Silvio como á un artista hábil y el más ingenioso de todos los poetas para combinar las expresiones. Marchó y no volvió.

Desanimado por este lado, Silvio volvió su vista hacia Fóscolo. Fóscolo era, no hay duda, el poeta italiano de la época.

El alma dulce y tierna de Silvio, al mismo tiempo que se dejaba seducir por aquel sombrío carácter, le dominaba de vez en cuando por su misma dulzura y fácil bondad. Brusco y amargo para todos el autor de *Ortiz*, sólo á Silvio profesó una amistad igual y sin caprichos.

Este último había ya manejado un asunto griego escribiendo su *Laodicea*, cuando en 1816 apareció en el teatro de Milán una joven de doce años llena de gracia é inteligencia, más tarde la primera trágica de Italia, Carlota Marchionni. Al verla el poeta, recordó el pálido y melancólico rostro de Francisca de Rímini, arrastrada por un irresistible torbellino con el que *jamás se separará de ella*; concibió la idea de colocar en aquel rostro, en que las gracias de la juventud se confundían ya con las facciones aún indecisas de la infancia, la expresión de aquellos malhadados amores. De este modo compuso la tragedia de *Francesca*.

Cuando la hubo terminado, el autor se apresuró á enseñarla á Fóscolo, el que le contestó después de haberla leído: «Estás en una grande equivocación, amigo; deja quieta á Francisca en su círculo del infierno, y arroja tu obra al fuego. No toquemos á los muertos del Dante; asustarían á los vivos de hoy día.»

Racine no quemó su Alejandro condenado por Corneille, sino que pasó á componer Andrómaca. Silvio Pellico llevó al día siguiente á Fóscolo *Laodicea*, su primer ensayo. «En hora buena,

exclamó Fóscolo, esto es muy bueno.» Silvio volvió á su casa y arrojó *Laodicea á las llamas*. Algunos años después recibió la *Francesca* numerosos y repetidos aplausos en todos los teatros de Italia.

En aquella época llegó lord Byron á Milán. Dominado mucho tiempo por la lejana fascinación de aquel genio poderoso, Silvio había traducido *Manfredo* como para aproximarse más á aquella imaginación que tanto le seducía. Por otro lado, Byron, agradecido al homenaje que una risueña imaginación del mediodía hizo á aquella obra melancólica de inspiración septentrional, preguntó á su joven admirador por qué había traducido su drama en prosa.



Byron

Silvio le contestó que á su modo de ver no debía traducirse la poesía en verso. Y es una verdad: todo poeta que traduce en verso no es dueño de abdicar su propia originalidad para que sin ser infiel al sentido general del modelo pueda evitar el cambio de su pensamiento con el que quiere interpretar. Para traducir á un poeta se requiere más bien decisión que talento. Traducir es despojarse de su vida para vivir de la ajena: y cuando ya se ha convertido uno en otro, es preciso, para no dejarse arrastrar por su estilo, dar sólo á la forma del escrito aquella atención material del escultor que modela sobre la cara de un muerto ilustre el yeso que ha de reproducir sus facciones.

El autor de *Don Juan* no fué á ver á Silvio, y habiéndole éste presentado algunos días después el manuscrito de *Francesca*, cuando lo fué á recoger se lo devolvió lord Byron traducido en

verso inglés. ¡Feliz el primero que halle entre los papeles de Byron aquella preciosa prueba de traducción!

El año 1820 alboreó para Silvio una nueva existencia; acababa de ser colocado por un gran paso en el número de las inteligencias más poéticas de aquella edad.

Dos sentimientos dominaban su alma, el amor á su patria y á su familia.

De estos dos sentimientos pasó aún más adelante, extendiéndose al amor á la humanidad; y prefería la italiana porque su amor le llevaba á la que era más digna de compasión.

La familia de Silvio Pellico volvió á Turín en la época de la restauración; mas él no pudo decidirse á partir de Milán; venía ya á ser para él la patria de su genio y de sus esperanzas. Los finos modales que poseía le introdujeron en casa del conde de Briche, quien le confió la educación de uno de sus hijos. Silvio no olvidaría jamás los días felices que pasó en el seno de aquella familia, que sólo dejó para pasar con igual ocupación á casa del conde Porro Lambertengui. «Siempre tuve mucha inclinación á los niños, dice en sus MEMORIAS, y el cargo de preceptor me pareció siempre sublime»; y es, en efecto, admirable el cariño é interés con que desempeñó sus funciones.

La sociedad del conde Porro era en Milán el foco de todos los extranjeros de distinción, en aquella Italia donde continuamente transitaban los primeros talentos de Europa. Allí trataba Silvio con Byron, Madama Staël, Dawis, Schlégel, Brougham, etcétera. Allí vivían de sus propias esperanzas muchos italianos de nombradía: el célebre Confalonieri, primer publicista de la Italia; Ludovico de Brême, buen poeta á la par que prosista; Pedro Borsieri, crítico ingenioso, y otros muchos.

En medio de este pequeño cenáculo fué donde Silvio Pellico presentó un día el primer proyecto que le pareció resolver el sublime problema de la regeneración italiana por medio de la idea científica y literaria.

Apareció el primer número del *Conciliador*.

Con creencias más positivas y estilo menos acerbo, debía

Aventuras de Allan Quatermain

Traducción de Andrés Rivera

(Continuación)

te Lekakisera, como otras 200 millas; más allá de este punto, según creo, ningún hombre blanco ha entrado; y si llegamos hasta allí, penetramos en el interior de un país que es completamente desconocido. ¿Qué decís, amigos míos?

—Que es una empresa atrevida, dijo sir Enrique reflexivamente.

—Sí, por cierto,—le contesté,—lo es; pero la prefiero, porque nosotros debemos buscar empresas de esta clase. Necesitamos un cambio de escena, un cambio completo, y probablemente lo conseguiremos. Toda mi vida he deseado visitar aquellos países, é intento hacerlo antes de morir. La muerte de mi pobre hijo ha roto el último afecto que me unía á la civilización. La dejo, pues, para vivir entre los salvajes. Hay más,—proseguí,—y es que hace muchos años he oído hablar de una raza blanca que se supone existe por aquellas regiones y yo anhelo cerciorarme de si hay en ello algo de verdad. Si gustáis, acompañadme, camaradas; si no, iré yo solo.

—Yo os acompañaré, aunque no creo en vuestra raza blanca,—dijo sir Enrique.

—Corriente,—añadió Good.—Yo voy á prevenirme desde luego. Iremos de todas maneras al monte Kenia y á otros lugares de nombres impronunciabiles, y buscaremos esa raza blanca que no existe. Para mí todo es igual.

—¿Cuándo pensáis partir?—preguntó sir Enrique.

—Dentro de un mes,—le respondí,—por el vapor de la India Británica; y que no os acontezca asegurar que algunas cosas no existen sólo porque no habéis oído hablar de ellas, Good. Recordad «Las Minas del Rey Salomón».

Han pasado catorce semanas desde la fecha de lo que dejo apuntado, y esta historia continúa en otros lugares bien lejanos.

Después de mucho deliberar é inquirir, convinimos en que el mejor punto de nuestra partida para el monte Kenia, eran las cercanías de la desembocadura del río Tana, por estar 100 millas más cerca de Zanzíbar que Mombasa.

Tomamos esta resolución gracias á los informes que nos dió un comerciante alemán, que nos encontramos á bordo del vapor en Aden.

Creo que era el alemán más sucio que he conocido en mi vida; pero era un buen sujeto y nos dió muchos y preciosos informes.

—Lamu,—dijo,—vais á Lamu, ¡oh! es un hermoso país.

Y levantando su redonda cara que brillaba de gozo, añadió:

—Año y medio viví allí y jamás me mudé de camisa, ¡jamás!

Al llegar á la isla desembarcamos con todas nuestras mercancías y equipajes y nos dirigimos audazmente á la casa del cónsul de su Majestad, donde fuimos hospitalariamente recibidos.

Lamu es una población muy curiosa; pero lo

que más se grabó en mi memoria es su poca limpieza y sus malos olores. Estos son verdaderamente insupportables.

Junto al consulado está la playa, ó más bien, un banco de lodo que se llama playa, el cual queda completamente descubierto durante la marea baja y sirve de depósito á todas las inmundicias y desechos de la ciudad.

Aquí es donde las mujeres vienen también á enterrar cocos en el fango, hasta que la cáscara exterior se pudre completamente; entonces los sacan y emplean las fibras para hacer esteras y para otros varios usos. Como este procedimiento se ha continuado durante algunas generaciones, la condición de la playa puede mejor imaginarse que describirse. He aspirado olores pésimos en mi vida, pero ninguno como la concentrada esencia de infección que se levantaba de aquella playa de Lamu, cuando nos sentábamos por la noche, á la luz de la luna, no bajo, sino sobre el hospitalario techo de nuestro amigo el cónsul. No debe extrañarse que la fiebre reine en Lamu. Sin embargo, el lugar no carece de ciertos encantos que le son propios, aunque este mal olor los empalidece.

—¿Adónde os dirigís, caballeros?—preguntó nuestro amigo, el hospitalario cónsul, mientras fumábamos nuestras pipas después de comer.

—Nos proponemos ir al monte Kenia y de allí al monte Lekakisera,—contestó sir Enrique.—Quatermain ha oído el cuento de que más allá existe una raza blanca, y queremos...

El cónsul pareció interesarse y respondió que también él había oído hablar algo sobre aquello.

—¿Qué habéis oído?—le pregunté.

—¡Oh! no mucho. Todo lo que sé es que hace como un año, recibí una carta de Mackenzie, el misionero escocés, cuya estación está colocada en el punto más alto y navegable del río Tana, en la cual decía algo relativo á ese asunto.

—¿Tenéis la carta?—le dije.

—No; la destruí; pero decía en ella que un hombre había llegado á su estación, el cual le refirió que caminando dos meses más allá del monte Lekakisera, adonde ningún hombre blanco ha llegado aún, según mis informes, encontró un lago llamado Laga, que de allí se dirigió al Nordeste, caminando un mes al través del desierto por llanuras de espinos y grandes montañas, hasta que llegó á un país donde la gente es blanca y vive en casas de piedra. Decía que fué recibido hospitalariamente, pero que los sacerdotes del país aseguraron que era un diablo y la gente le arrojó de allí: caminó ocho meses corriendo mil peligros, hasta que llegó moribundo á la misión de Mackenzie. Es todo lo que sé y mi opinión es que esto debe de ser un embuste. Con todo, si deseáis saber más sobre el particular, lo mejor que podéis hacer es subir el Tana hasta la misión de Mackenzie y pedirle informes.

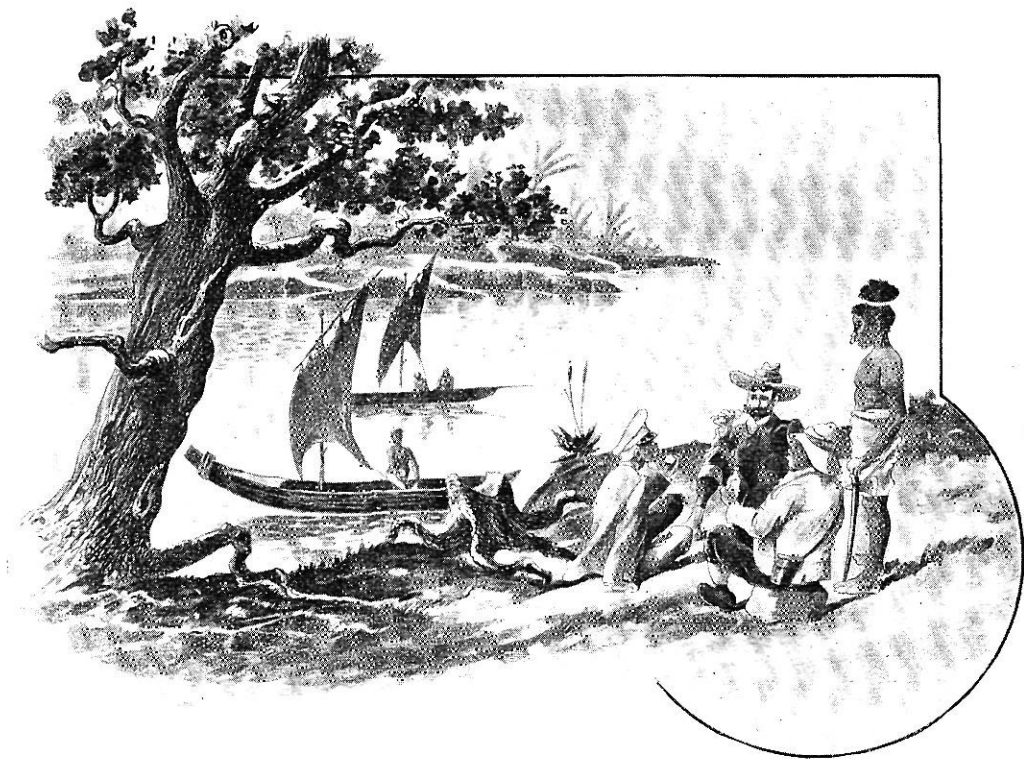
Sir Enrique y yo nos miramos. Allí había algo realizable.

—Debemos dirigirnos á Mr. Mackenzie,—dije yo.

—Bien,—respondió el cónsul,—eso es lo mejor; pero os advierto que vuestro viaje será muy peligroso, porque he oído decir que los masai andan cerca, y, como sabéis, no son visita agradable. Para el mejor éxito de vuestro plan, escoged algunos hombres para sirvientes y cazadores, y alquilad conductores de un pueblo á otro. Esto os ocasionará muchas moles-

de contratar á aquellos hombres, y á la mañana siguiente procuramos tener una entrevista con ellos acompañados de un intérprete.

Los encontramos en una choza de adobes en los arrabales de la ciudad. Tres de ellos estaban sentados á la puerta de la choza. Su fisonomía era franca y su apariencia acusaba cierto grado de civilización. Les expusimos el objeto de nuestra visita, al principio con poco éxito. Declararon que no podían acceder á semejante pretensión, que estaban fatigados y débiles por un viaje tan largo, y que sus corazones estaban



...y en la orilla tomábamos nuestra frugal comida

tías, pero veréis al cabo que es más barato y más ventajoso que contratar una caravana, que os dejaría abandonados al menor asomo de peligro.

Afortunadamente había allí una partida de wakwafi askari (soldados). Los wakwafi, que provienen de un cruzamiento entre los masai y los wataveta, son una raza varonil y hermosa, que posee muchas cualidades del zulú y mayor aptitud para la civilización. Son también grandes cazadores.

Aquellos hombres habían hecho un largo viaje con un inglés llamado Jutson, que había partido de Mombasa, puerto á 150 millas abajo de Lamu, dirigiéndose á Kilimanjairo, una de las más altas montañas conocidas en Africa, y el pobre hombre murió de la fiebre al volver de su viaje y á poca distancia de Mombasa. Sus cazadores le enterraron y vinieron á Lamu á descansar.

Nuestro amigo, el cónsul, nos sugirió la idea

tristes por la pérdida de su amo. Intentaban volver á sus casas y descansar algún tiempo. Esto echaba por tierra nuestros proyectos; con todo, les pregunté dónde estaban sus compañeros. Se me había dicho que eran seis y yo sólo veía tres, y tal vez los ausentes se darían á partido. Uno de ellos me dijo que estaban en la choza y también descansando de sus fatigas y dolores, porque con el sueño viene el olvido. Sin embargo, se les despertó.

Inmediatamente salieron de la cabaña bostezando. Los dos primeros eran indudablemente de la misma raza de los que ya habíamos visto, pero el aspecto del último casi me hizo saltar de gozo.

Era un hombre robusto, muy alto, de seis pies tres pulgadas de estatura, con miembros, al parecer, muy fuertes. A primera vista conocí que no era wakwafi, sino un zulú de pura raza.

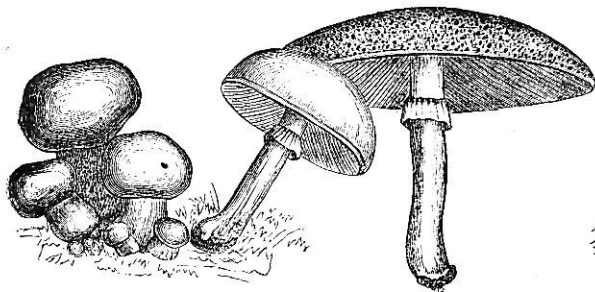
(Continuará)

Botánica Setas venenosas y setas comestibles

VAMOS á indicar los principales caracteres que distinguen á las setas comestibles de las que llevan en sí el germen de un veneno terrible, que anualmente ocasiona sensibles accidentes, pues se presentan en el mercado setas arrancadas por niños ó mujeres ignorantes ó inexpertos, que pueden ocasionar la muerte del que las come. Por esta razón, y por hallarnos en la época en que estos hongos brotan de la tierra espontáneamente, creemos oportuna esta enseñanza.

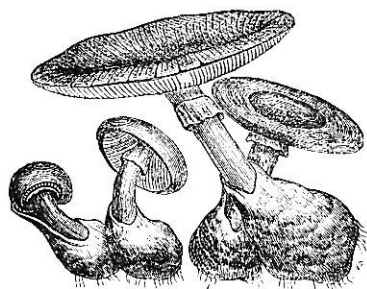
SETAS COMESTIBLES.—Empezaremos por la seta ordinaria, *agaricus campestris*, de Linneo, la cual se encuentra en los terrenos de pasturaje y en los rastrojos. No tiene vaina ó envoltura, y su tronco es casi redondo, lleno y carnoso; ostenta en la parte superior del mismo una especie de collarín muy marcado; el sombrerete es blanco por encima, y las hojas de la parte inferior del sombrerete son de un color rosa más ó menos acentuado.

Es manjar sabrosísimo, y sólo puede dañar



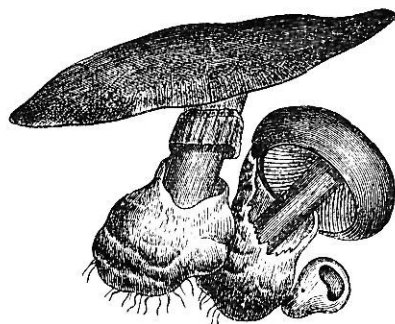
comiéndolo en gran cantidad ó cuando lleva mucho tiempo arrancado del suelo.

SETAS VENENOSAS.—Es el llamado *agaricus bulbosus*, porque la base de su tronco está hinchada en forma de bulba y al rededor de ella se encuentran residuos de la bolsa que cerraba el sombrerete. Tiene collarín en el tronco como las setas comestibles. Las hojas son blancas completamente y blanca también la parte superior del sombrero, aunque con un ligero tinte verdoso; algunas veces, esta superficie verdosa está salpicada de vestigios ó fragmentos de la bolsa que lo envolvía.



Estas setas, sobre todo las completamente blancas por encima, son las que han causado más funestos accidentes por la facilidad en con-

fundirlas con las setas anteriormente descritas, de las que sólo se diferencian notablemente en



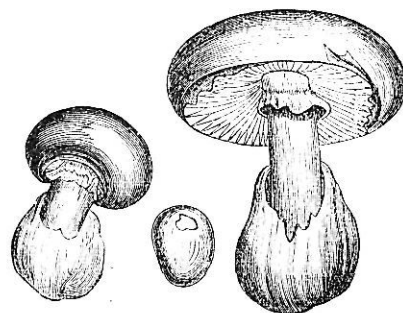
Agaricus aurentiacus

el color de las hojas, que en las venenosas es blanco y en las comestibles de un color de carne ó rosa subido.

SETAS COMESTIBLES.—Verdadera seta.—*Agaricus aurentiacus*.—Esta clase de setas tiene una bolsa muy pronunciada como en el grabado se indica. Generalmente es de mayor tamaño que las anteriormente descritas. Su sombrero es rojo ó anaranjado por la parte exterior, y sus hojas de un hermoso color amarillo. Su tronco es amarillento y está adornado de un collarín muy grande y amarillo también.

Es uno de los manjares más sanos y de más delicado sabor.

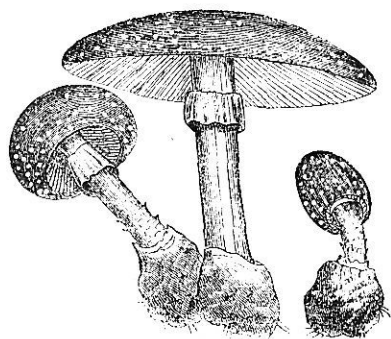
La seta blanca, ó *agaricus ovoidens*, es de sabor menos delicado que la precedente. Tiene



la misma forma y una bolsa y un collarín semejantes á la anterior. Sólo se diferencia de ella en que es completamente blanca.

SETAS VENENOSAS.—Falsa seta.—*Agaricus pseudo aurentiacus*.—Su sombrerete ó paraguas es de un rojo muy vivo por encima, no anaranjado como en la verdadera seta, y está salpicado de pequeñas motitas blancas que son fragmen-

tos de la bolsa que lo cubría. Su tronco es más fofo, más cilíndrico y más largo. Los restos de



la bolsa están frecuentemente adheridos á su pie. El color rojo de la superficie y el moteado blanquecino son los indicios más concluyentes para distinguir la seta falsa de la verdadera.

(Seguirá)

Juegos de prendas Los proverbios

SE designa á la suerte uno de los concurrentes, que es el que *se queda de non*, como vulgarmente se dice, el cual se retira á una habitación separada. Entre los que juegan se elige un proverbio ó refrán que tenga tantas palabras como sea el número de los jugadores; por ejemplo: *En-casa-el-herrero-cuchillo-de-palo*. Suponiendo que sean siete los del corro, á cada uno de ellos, empezando de izquierda á derecha, le corresponderá una de las siete palabras por su orden. Llámase entonces al *de queda*, el cual dirige al del extremo izquierda una pregunta cualquiera, como por ejemplo:—¿Está usted contento?—El preguntado debe contestar algo que naturalmente responda á la pregunta, debiendo intercalar en la contestación la palabra que en la distribución del refrán le ha correspondido; v. gr.—*En este momento sí*.—Al segundo:—¿Qué edad tiene usted?—He oído en mi casa que 15 años.—Al tercero:—¿Soy guapo?—Como el que más.—Al cuarto:—¿Qué hora es?—En el reloj del herrero son las 7.—Al quinto:—¿Se afeita usted ya?—No tengo navajas. Como no use un *cuchillo*.—Al sexto:—¿Cómo me llamo?—Fulano de Tal.—¿Qué merezco por ser preguntón?—Tal vez un *palo*.

Si por las respuestas no ha acertado, entonces todos á una voz, como en coro y gritando, pronuncia cada cual la palabra que le corresponde, como la vez primera.

Si ni aun así acierta, el juego se repite con distintas preguntas y respuestas, volviendo otra vez á decir á coro cada uno su palabra. A la tercera vez se paga prenda.

Suplicamos á los alumnos de enseñanza oficial que han obtenido matrícula de honor en el pasado curso, y cuyos domicilios no se nos han facilitado en los Institutos, se dignen remitir sus retratos, para publicarlos en nuestra REVISTA, á nuestras oficinas: Rosellón, 208, Barcelona.

Artes femeniles

Frutas y flores en cera

CONCLUSIÓN

OBTENIDO el molde, procediendo de la manera que indicamos en el número anterior, póngase á la lumbre, y á fuego lento, una cantidad prudencial de cera de la mejor calidad, en una cacerola nueva de tierra barnizada.

Para dar color á esta cera, según la fruta de que se trate, póngase en la cacerola una muñequita de muselina clara rellena de color en polvo, siendo suficiente la tercera parte de lo que cabe en una cucharilla de café, y agítese la cera á medida que se va derritiendo, procurando que no llegue á la ebullición.

Cuando el molde esté perfectamente seco, engrásese el interior con aceite en el que se habrá hecho derretir una pequeña cantidad de sebo, sirviéndose, para esparcir el aceite así preparado, de un poco de algodón en rama.

Hecho esto, se colocan las dos mitades del molde de manera que puedan asirse y juntarlas rápidamente. Una vez perfectamente derretida la cera, se coge con la mano izquierda una mitad del molde asiéndole fuertemente, y con la otra mano, y por medio de un cucharón que tenga canal en uno de sus bordes, se vierte la cera líquida en esa mitad, se adapta con rapidez la otra mitad, y teniendo el molde completo entre las dos manos, se agita en todas direcciones hasta que la cera se haya cuajado.

Déjese luego enfriar durante media hora ó más, y se abre el molde, que contiene una naranja perfectamente hecha y en hueco.

Téngase mucho cuidado con que la cera esté en su punto, y la manera de conocerlo es echar en la cera líquida, cuando está á la lumbre, una bolita de cera en frío: si se deshace en seguida, está caliente en demasía; es preciso que se derrita después de sobrenadar un momento en el líquido.

Respecto al colorido, para las naranjas debe emplearse el *amarillo cromo en polvo*, para las manzanas y peras verdes, un tono verde más ó menos obscuro según sea el original.

A los melocotones se les da luego una tinta rojiza compuesta de color en polvo que se coge con el pincel ligeramente empapado en agua y se aplica con rapidez.

La pelusilla del melocotón se imita con polvos de arroz de que se untan las manos y entre ellas se hace rodar ligeramente la fruta reproducida.

Para el color violeta de las ciruelas échese en la cera una pequeña cantidad de ese color al óleo.

Frotando suavemente entre las manos las frutas obtenidas, adquieren el brillo de las naturales, ó se les da barniz Sæné.

Para las cerezas y las uvas, se compran glóbulos de cristal de las dimensiones deseadas, se les agregan delgados alambres y se sumergen en la cera caliente y del color que se desee.

Recomendamos para el colorido de repaso imitar en lo posible la fruta que ha servido para la confección del molde.

ALFREDA

Inviernicemos

PUES señor! Ya van despojándose los árboles de su vestimenta de hojarasca, y dentro de poco veremos arremolacharse las narices de los viandantes.

Asomarán por los mostradores los primeros modelos de sabañones incipientes, y veremos por ahí esos tipos que, envueltos en gabanes rusos, parecen piezas de paño semovientes ó rollos de cordelillo con patas.

Veo con horror la proximidad de los meses fríos, porque yo, que viajé mucho... y no por gusto... en *sliping-kars*... de tercera clase, columbro en perspectiva las delicias de un viaje en esas condiciones, revuelto entre recoberos, verduleras y demás capitalistas al por menor.



¡Hay quien dice que viaja por *capricho* en esas bellísimas condiciones! ¡Lo creo!

Por el capricho de... nivelar los gastos con los ingresos como cada hijo de vecino.

Y lo que me encocora es que añaden que al mismo tiempo llegan ellos al punto de destino que los que viajan en primera, y eso es un error.

¡Pero un error crasísimo!

Está demostrado que viajando en tercera se llega mucho más tarde.

¡Como que en invierno necesita uno veinticuatro horas para desentumecerse, y en verano otras tantas para recoger sus huesos que andan dispersos por el vagón!

¡Y eso cuando por el mucho calor no le recogen á uno en un cubo!

Demás de esto, hay que descontar los *encantos irresistibles* que tiene un viaje en tercera según los compañeros que le toquen en suerte al feliz mortal.

Ya un ama de cría con un *pebetero* en brazos, que de cuando en cuando suelta unos *suspiritos* con salsa que no hay más que pedir.

Ya un señor obeso que va hinchándose por momentos y que no hay manera de sacarle entero del vagón, teniendo que cargar cada uno de sus compañeros de viaje con un pedazo del individuo y reconstruirle en pleno andén.

Ya un procurador jubilado que se trae un acordeón en las narices y cuyos pies huelen á queso Gruyère.

¡Y mil y mil cosazas más, saturadas por el perfume de las cestas con bacalao en putrefacción, fruta hecha papilla y otras emanaciones menos vegetales que acaban por culotarle á uno como boquilla de espuma de mar!

¡Qué cosa es la humanidad, y qué contentadizos los pocos años!

Todo eso y mucho más sucedía cuando yo era chico, y no lo echaba de ver.

Entonces mi joven imaginación poetizaba hasta eso, y para mí tenía una hermosa cadencia el ¡run! ¡run! de la trepidación ferroviaria.

Y cantaba con aquel ritmo estridente, y á lo mejor me arrancaba por el campo de la poesía á que era entonces muy aficionado.

Todavía conservo entre mis apuntes de muchacho unos versos que compuse viajando de Alar del Rey á Santander, como entonces se llamaba aquel trozo de la que es hoy línea del Noroeste.

Voy á copiarlos; pero agárrense ustedes, no vaya á desmayarse alguno.

Decía así:

Cruzar el ancho mar, y en lontananza
ver levantarse un mundo de ilusiones
que en nuestros corazones
revive y acrecienta la esperanza.

¡Oh, cuánta poesía
despierta el ver distintos horizontes!
Cierra la noche entre nevados montes,
y al despuntar el día
ver otro panorama
á mil leguas y mil de aquel primero.
lúgubre el uno, el otro placentero,
con cambiantes de luz que el pecho inflama
del asendereado viajero.

Con una rapidez vertiginosa
cruzar espacios desde el monte al llano,
sentir la somnolencia del verano
y el rigor invernal todo en un punto.
Brusco contraste. Perspectiva hermosa,
de la vida terrena fiel trasunto.

Y por este barítono (¡no siempre ha de ser tenor!) seguía ensartando vaciedades... propias de la edad.

Pues, como decía;—¡y ya se me ha vuelto á pegar la manía de hablar en verso!—

Volverán los inflados sabañones,
y estufas y braseros además,
ocasionando sendos romadizos.
¡Vaya si volverán!

y volveré yo á viajar en tercera clase, y más tarde ó más temprano me moriré,—¡digo, me parece!—y todo seguirá lo mismo que hasta aquí, y volverá todo... todo... menos mi capa que se empeñó este verano en abandonarme, y como no me emboce en la papeleta en cuanto apriete el frío...

Podría embozarme en las últimas capas sociales...

O en las capas atmosféricas.

Pero voy viendo que no me van á resultar.

¿Saben ustedes por qué?

¡Por el color de los embozos!

BESTARD DE LA TORRE

La fotografía

SUPONGO, pequeños lectores míos, que os habrán retratado alguna vez.

Y supongo también que ha llamado vuestra atención ver vuestra imagen reproducida en el papel con una fidelidad y una facilidad asombrosas.

Pues ese aparato que tales efectos produce, esa máquina llamada fotográfica, que se ha vulgarizado hasta lo infinito y que hoy se adquiere por un mezquino precio, ha costado penosas vigili-
as á no pocos hombres de talento, cuyos conocimientos, enca-
denados unos á otros y su-
friendo transforma-
ciones infinitas, han
logrado tan hermo-
so resultado gra-
cias á su ingenio y
á la casualidad.

Y vais á ver cómo la casualidad ha sido un factor principal en el descubrimiento de la fotografía.

Un físico napolitano llamado Porta observó, hace más de dos siglos, que por un agujerito del oscuro aposento en que reposaba su jaqueta se filtraba un rayo de luz, el cual reflejaba en la pared de enfrente las imágenes de un grupo de mujeres que regañaban en la calle. Porta vió aquellas figuras muy reducidas, pero con sus colores, y cabeza abajo; preparó y cerró herméticamente su cuarto, repitió varias veces la experiencia, y de este modo se descubrió la cámara oscura, que es el principio en que descansa la fotografía.

Fratóse por otros sabios de fijar las imágenes haciendo que se reflejaran en una superficie plana, pero se pasaron muchísimos años sin conseguirlo, hasta que Niepce, después de arruinarse completamente haciendo costosos ensayos, logró obtenerlas reflejándolas sobre una plancha de estaño cuya superficie contenía una capa de betún seco de Judea disuelto en aceite de espliego, y las fijó bañando la plancha en otra solución compuesta de dicho aceite y una cantidad prudencial de petróleo.

Y ved ahí cómo se descubrió la *heliografía*, que, si entonces fué sólo el resultado de los ensayos hechos, ha sido luego el complemento del arte fotográfico aplicado al grabado.

Niepce, ya en la pobreza y desesperando de terminar su empresa, tuvo noticia de que un notable pintor escenógrafo llamado Daguerre hacía en París ensayos con el mismo objeto, y se asoció á él; pero no tardó Niepce en morir á causa de su no interrumpido trabajo, y Daguerre prosiguió con mayor ardor sus ensayos sobre la base de lo descubierto por su desgraciado compañero.

Y por segunda vez vemos á la casualidad desempeñando un importante papel en este descubrimiento, amigos míos.

Trabajaba Daguerre sin descanso; veía próximo el éxito de sus ensayos, pero había algo

en ellos que le impedía llegar á la consecución del fin deseado, cuando una mañana en que, como otras muchas, almorzaba en su laboratorio, dejó casualmente una cuchara sobre una placa de plata iodada que acababa de preparar, y vió con asombro que á la influencia de la luz que la hería con gran intensidad quedaba impresa en la placa la imagen perfecta de la cuchara.

Dió un grito de alegría, y púsose á trabajar con ardor febril.

Substituyó las sustancias resinosas de que se valiera Niepce por el iodo, que daba á las placas de plata una exquisita sensibilidad luminosa, empleó los vapores de mercurio para revelar las imágenes y las fijó por medio de una solución de hiposulfito de sosa.

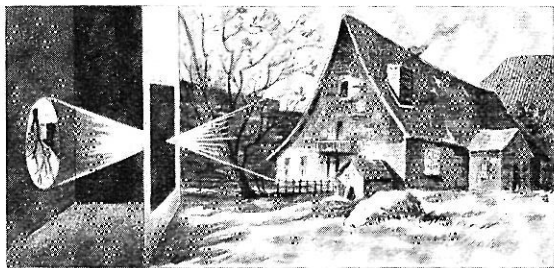
Daguerre había vencido. Estaba re-

suelto el problema, y el llamado *Daguerrotipo* venía á introducir una revolución en el mundo del arte el año 1838.

Este fué el principio de la que hoy llamamos *fotografía*, que causó profunda admiración y dió lugar á un brillante informe de M. Arago, gracias al cual se señaló al inventor una pensión de 6.000 francos anuales.

Mezquino premio á tantos afanes.

Vencida por Daguerre la dificultad de fijar las imágenes obtenidas en la cámara oscura que observara Porta, vino en 1847 Blanquard Corard á perfeccionar el procedimiento, llegando de unos en otros á constituir un arte que casi toca en la perfección y que es elemento indispensable para la vida moderna por las múltiples



Cámara oscura



Niepce y Daguerre

aplicaciones que de él hace la ciencia, el arte pictórico y la misma industria.

Y ahí tenéis, hecho á la ligera, el proceso del arte fotográfico que tanta admiración os habrá producido muchas veces.

MARCO TULLIO

¡Lagarto!... ¡Lagarto!...

Sin dinero y sin amigos;
esto es: sin luz y sin moscas,
voy pasando, como puedo,
esta existencia monótona.

Yo he nacido en martes, trece,
y tengo muy mala sombra,
como lo demuestran estos
apuntes para la historia.

Cuando era chico, mis padres,
por la más mínima cosa,
me dejaban en ayunas,
ó me daban una «solfa».

Los muchachos, con mi cara
jugaban á la pelota,
hasta hincharme las orejas
y la nariz y la boca.

Una vez quise casarme,
y resultó que la novia,
además de patizamba,
jera calva y era tonta!...

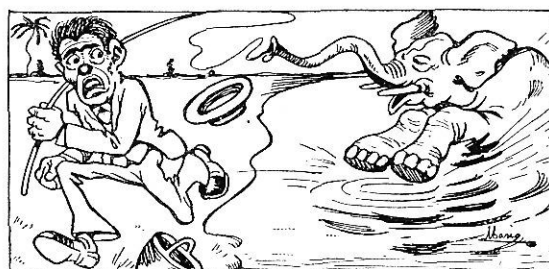
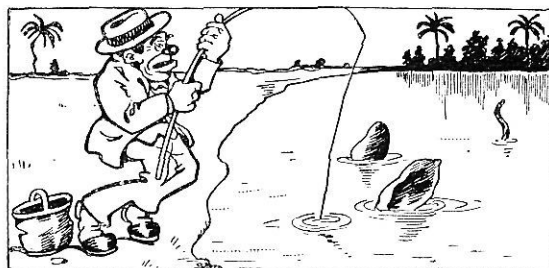
Resolvi quedar soltero
y sin cuidados «per omnia»,
creyendo que los amigos
consolaran mis congojas.

¡Ya, ya! ¡Vaya usted á fiarse
de la amistad y sus glorias!
En cuanto me desplumaron
en francachelas y bromas,
sin decir:—«Por ahí te pudras»
ó «malos lobos te coman,»
me dejaron lindamente
con mis pesares á solas.

Si apadrino una criatura,
la criatura se malogra;
y la suegra se eterniza,
cuando apadrino una boda.

¿Y en el teatro?... ¡El delirio!
Cuando presento una obra,

Historieta muda, por Mario



Dibujos aritméticos, por Milocha



ó se fuga el empresario
con los cuartos de la nómina,
ó el tenor se rompe el alma,
la tiple se queda afónica,
y se declaran en huelga
las del coro de señoras!

Si publico un libro, tengo
que venderlo... ¡por arrobas!
si hago versos, todos dicen:
«—¡No me venga usted con coplas!»

¿Y qué más?... Hasta los niños
ya por «el coco» me toman,
y con espanto me miran
y cuando me miran ¡lloran!

Los que me encuentran al paso,
presa de horrible zozobra,
me hacen la cruz y al momento
¡ponen pies en polvorosa!...

Yo prefiriera morirme,
pero no encuentro la forma,
porque tengo, lector, una
salud á prueba de bomba.

Yo soy el cólera morbo,
yo soy la peste bubónica,
yo nací muy desgraciado,
yo tengo muy mala sombra.

Por eso, los que conocen
las desdichas de mi historia,
dicen:— ¡Lagarto... lagarto!...»
siempre que alguno me nombra...

EL BACHILLER VENTOLERA

Portada al cromo: *La barquera de Dalbá*, célebre cuadro de Salmson.—*Nuestros estudiantes*, retratos de alumnos que han obtenido matrículas de honor en el curso de 1904-1905.—*El telegrafo sin hilos*, por A. Pallavicini.—*Los extremos*, historieta por Bestard de la Torre.—*Por un beso* (sucedido), por A. Contreras.—*La Instrucción*, página musical por C. Sadurni.—*Aventuras de Allan Quatermain* (viajes extraordinarios).—*Joyas artísticas de la escuela alemana*.—*Maravillas aritméticas*.—*Artes femeniles*: Frutas y flores en cera.—*Niños terribles*, por Luis Taboada.—*Esfemérides bibliográficas*: La impresión del primer libro en España, por A. P. Grazaletta.—*La dignidad ofendida*, historieta cómica, por Cuchy.—*Mapa en colores de la República cubana*, y apuntes geográficos, históricos, estadísticos y etnológicos.—*Juegos de ingenio*: Charadas, jeroglíficos, concurso con 50 premios, y gran número de grabados que ilustran los artículos científicos y literarios.

Precio del número atrasado:

20 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA

NO CORTAR ESTE CUPÓN

CUPÓN-PRIMA de *Juventud Ilustrada*

Nº 03.003

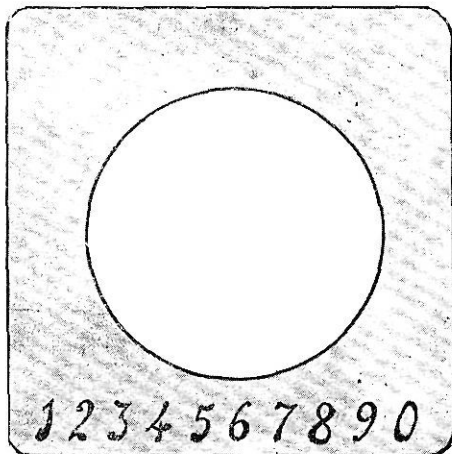
A pesar de no ser partidarios del juego nacional llamado Lotería, no hemos encontrado otro medio que el de combinar los números de estos cupones con el que logre el primer premio en el sorteo del día 30 del corriente Diciembre, á fin de hacer regalos en metálico á nuestros lectores.

En su consecuencia, cuantos posean un ejemplar de JUVENTUD ILUSTRADA cuyo cupón tenga igual número que el del billete favorecido en dicho sorteo con el premio mayor,

recibirán 125 pesetas

á la presentación del NÚMERO COMPLETO de nuestro semanario. Caduca á los seis meses.

CONCURSO CON PREMIOS — INVENTIVA. — FISONOMÍA ARITMÉTICA



Dibujar dentro del círculo en blanco una cara, á imitación de las que damos en la página anterior, sirviéndose de los diez números que van estampados al pie, figurando sólo una vez cada cifra en el trazado de la nariz, los ojos, la boca, las orejas, etc.

Se adjudicarán 50 premios á las 50 primeras y más perfectas soluciones, para lo cual se numerarán correlativamente. Para remitirla los lectores de provincias, póngase el trazado en un sobre, escribáse en éste, después de nuestra dirección, y en letra bien visible, *Originales para la imprenta*, y franquéese con un sello de un cuarto de céntimo.

Los 50 premios que se adjudicarán en este concurso consisten en:

- 1.º Un riquísimo juego de café de China.
- 2.º Un lujoso estuche de compases para dibujo.
- 24 hermosas carteras de bolsillo.
- 24 bonitísimos alfileres imperdibles.

Las soluciones se recibirán hasta las ocho de la noche del día 23 del actual.

Los autores de las soluciones premiadas recibirán los objetos por mediación de nuestros corresponsales ó bien directamente, y publicaremos sus nombres.

La photo-miniatura

ESTA hermosa y novísima manifestación del arte, que estriba en trasladar una película fotográfica á un cristal muy fino y transparente, pintando á manchones por el reverso, para lo cual se aprovechan los claroscuros de la imagen retratada, es sumamente fácil; pero exige un cuidado minucioso en la elección de los cristales sobre los que ha de pintarse por transparencia, los cuales deben ser fuertes, perfectamente blancos y traslúcidos á fin de que no descompongan las tintas, como sucedería si tuvieran, como tienen algunos, un ligero tono verdoso ó rosáceo. En el primer caso, adquirirían las figuras un tinte lúgubre, cadavérico, y en el segundo, tendrían los amarillos un tono impropio cuando se tratara de la reproducción de paisajes, aun cuando suelen favorecer á las figuras.

Creemos inútil recomendar que los cristales deben estar perfecta y escurpulosamente limpios, cuidando no queden en la superficie los pelusos que acaso suelte el paño que sirva para su limpieza.

Cuando la fotografía sobre que se quiere operar está pegada en cartón, es necesario dejarla bastante rato sumergida en agua caliente para que se separe sin forzarla.

Téngase en cuenta que si la fotografía es de las que se llaman *esmaltadas*, es preciso, antes de separarla del cartón, frotarla con una muñequita de trapo y piedra pómez en polvo impalpable, hasta que desaparezca la capa gelatinosa que la cubre. Si no quiere emplearse este medio, puede someterse el retrato á una temperatura algo elevada para que desaparezca el brillo por completo.

No se olvide que toda fotografía despegada de cartón debe lavarse cuidadosamente hasta que no quede ningún vestigio de cola.

Las fotografías que se pretenda iluminar por transparencia, deben tener un tamaño dos ó tres milímetros menor que el del cristal sobre que se van á pegar.

(Se concluirá)

La República Argentina

HAGAMOS un viaje á la República Argentina, lector. Ni las ondas hertzianas ni las mismas ondas luminosas nos ganarán en velocidad, porque emplearemos un vehículo que ni ahora ni en lo futuro habrá quien venza en rapidez, ya que nos dejaremos transportar cómodamente en alas de la imaginación. Subamos á bordo de uno de esos trasatlánticos que hacen la travesía de Barcelona á Buenos Aires en 18 ó 20 días, y, acompañados del incesante trop trop de los émbolos, contemplemos la costa española, crucemos el Estrecho de Gibraltar, y después de hacer escala en San Vicente de Cabo Verde y en Montevideo, veamos cómo nuestro buque navega por el estuario del Plata, cuyas aguas se confunden con el horizonte, como si nos hallásemos en alta mar, y entremos por fin en los grandes diques del puerto Madero.

Antes de visitar la ciudad propiamente dicha, fijémonos en la ciudad flotante, donde centenares de navíos y embarcaciones de todas clases llenan los diques, que en número de cuatro, se extienden de N. á S. en una longitud de dos leguas. Son las diez de la mañana y el susurro de un inmenso hormiguero humano llega á nuestros oídos. La vista se pierde entre aquella vastísima extensión de edificaciones comúnmente bajas y aseadas, donde el sol penetra en todos los hogares y el aire se renueva en todos los rincones, especialmente cuando, enfurecido alguna que otra vez, toma un carácter huracanado, llamado entonces *Pampero*.

Es Buenos Aires la primera y más notable ciudad de Sur América, apellidada con razón la Atenas del Plata; que encierra un foco de cultura donde hallan fácilmente sitio las personas de verdadero saber de todo el mundo, el que se manifiesta con la rapidez con que ha puesto en práctica las grandes invenciones, y sobre todo la atención que presta á la instrucción pública, cuyas escuelas son palacios y cuyos sistemas pedagógicos siguen las huellas de los más perfeccionados, ocupando en este ramo un lugar muy superior á algunas de las viejas naciones europeas y uno de los primeros de América después de los Estados Unidos.

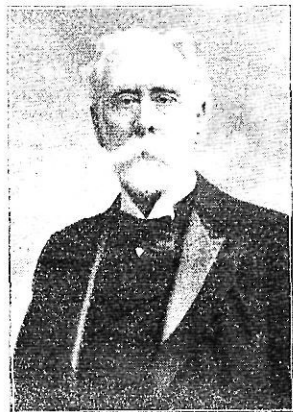
Está organizada la República Argentina en forma federativa, y Buenos Aires constituye un territorio aparte, sede de la capital federal de la nación. Su extensión abarca 186 kilómetros cuadrados, y su población, que en 30 de Junio de 1904 tenía 908,492 almas, alcanza hoy á más de un millón de habitantes. La gran metrópoli argentina hállase situada geográficamente á los 34° 37' latitud S. y 60° 44' longitud O. del meridiano de París, y su temperatura media anual es de 17° centígrados. Sus calles se extienden todas en forma de cuadrícula, siguiendo la orientación de N. á S. y de E. á O. La parte N. y la parte S. de la ciudad están divididas en el centro por la calle Rivadavia, que tiene una longitud de más de ocho kilómetros. La plaza de Mayo y Avenida del mismo nombre, abundan en hermosos edificios, contruidos á la europea; todas las plazas están adornadas con jardines, y posee un gran sitio de expansión llamado Parque 3 de Febrero ó Palermo, ameno y pintoresco, con frondosos bosques bañados por el Plata. Pero lo más atractivo que se encuentra no sólo en Buenos Aires, sino en toda la República Argentina, es el carácter hospitalario de sus naturales y habitantes, lo mismo los de ciudad que los *gauchos* del campo, quienes siempre están dispuestos á ofrecer al forastero un *mate* bien *cebado* y un jugoso *churrasco* si han carneado, así como las comodidades que pueda hallar en su humilde *ranchito*.

Buenos Aires es la ciudad de los tranvías, no se cruzan nunca más de dos calles sin tropezar con los rieles, y actualmente está á punto de inaugurarse un servicio público de 600 automóviles. Es también la ciudad del mundo donde se come más carne, ya que cada habitante consume por término medio más de cien kilogramos anuales.

La República Argentina está dividida en 14 provincias autónomas. Su extensión superficial es de 2.894,257 kilómetros cuadrados, conteniendo una población de 5.191,000 habitantes, de los cuales más de una tercera parte son extranjeros.

El viaje ha sido muy veloz, lector, más veloz de lo que yo creía, por mor del espacio; pero creo bastará para formarte una ligera idea de la naturaleza de aquel país, con el cual nos unen tantas relaciones de parentesco y simpatía, y donde el radiante sol de su bandera simboliza las espléndidas cosechas otoñales que guarda el futuro para su pueblo laborioso y altruista.

J. BARCÓN OLESA



DOCTOR MANUEL QUINTANA
Presidente de la República

